

LA TRADICION

DIOS, PATRIA, REY, FUEROS.

FRANQUEO CONCERTADO

SEMANARIO, ORGANO DEL PARTIDO TRADICIONALISTA EN LOS DISTRITOS DE TORTOSA, ROQUETAS Y GANDESA

Año VII

SUSCRIPCION DEL SEMANARIO

TORTOSA

REDACCION Y ADMINISTRACION

Núm. 323

Trimestre 1'00
Un año 4'00

Sábado 11 de Agosto de 1917

Taules Veller, Círculo Tradicionalista

¿Dónde está el Riff?

Hablemos de Tortosa...

Cada vez que he de cojer la pluma para hablar de Tortosa me cojen escalofríos, el pulso se me detiene, las ideas se me escapan e intenciones me vienen de mandar al diablo pluma, tintero y mi propio número. Porque hablar de Tortosa es hablar del Riff, de kábilas y kabileños. Meterse en el fregado de querer trasladar al papel algo de la vida de Tortosa es intentar caminar por senderos intránsitables por la gran cantidad de pedruzcos y malezas, es andar por las selvas inconquistables de Marruecos. En Tortosa, no les quepa a ustedes ninguna duda, somos aún semi-salvajes.

Están de tal manera las cosas y todos los asuntos en nuestra ciudad, que si por desgracia viniese hoy un tío de la Cochinchina y tuviera el mal gusto de estarse dos o tres semanas por aquí, bailaría de contento y es seguro le cojería un ataque fulminante de *alegritis*, que quizá sería motivo de que tuviera que ser reconocido por el Dr. Mata, al cerciorarse que su país, en relación al nuestro, está en la plenitud y completo desarrollo de la civilización, y que si es verdad que en el mundo todavía existen caníbales, antropófagos y gente que lleva taparrabos y palmas para cubrir sus desnudeces, no es en otra parte que aquí.

En los países inciviles y en las colonias conquistadas en los remates del último siglo por las naciones que van al frente de la civilización europea como Alemania, Bélgica, Italia, Austria, etc., etc., la lucha que tenía lugar diariamente, según cuentan intrépidos conquistadores, entre ellos, entre los naturales del país, era horripilante, sangrienta, imperando siempre la fuerza bruta, el más fuerte, y ¡ay! del que caía vencido, pues el calvario a que era sometido a sufrir era mil veces peor que la propia muerte. Las mujeres y los niños eran llevados como rehenes y pasto de las concupiscencias de las tribus vencedoras, o siendo llevados a los mercados, cuando no comidos,

donde eran vendidos a despotas sin entrañas que les martirizaban, haciéndoles objeto de mil vejaciones hasta que sucumbían. A los hombres, para que no fueran un estorbo a sus inicuos planes, les condenaban a la hoguera, o bien se les sacaban los ojos, se les cortaba la lengua o los brazos, se les condenaba a mil torturas que eran la delicia de aquellas tribus que por medio de la fuerza bruta habían conseguido apoderarse de sus vecinos y a veces de sus propios conciudadanos. Entre los salvajes no se conocen otros que se trinan y castiguen los abusos y el despotismo. La ley del más bruto es la que impera, la que domina, la que subyuga.

En Tortosa, duro, doloroso es el decirlo y confesarlo, nuestro amor a la tierra que nos vio nacer quiere detener nuestra pluma, pero nuestros derechos pisoteados, nuestra dignidad ofendida, vence en esta lucha, y penosamente, aún a trueque de hacernos merecedores del desprecio de Nuestra Madre, hemos de decirlo, para así descansar nuestra conciencia, desahogar, ya que no con hechos, con palabras, nuestra impotencia, nuestro degeneramiento: Tortosa, la Dertusa que tan sublimes páginas ha inspirado, la Dertusa inmortal, la Dertusa que no permitió jamás que pisaran sus calles las plantas del malvado, del altanero, del hipócrita, del usurpador, que no permitió nunca que su bandera sirviese de mofa a ningún canalla, a la plebe vil, so pena de pagar cara su osadía, la Dertusa, sí, la Dertusa de otros tiempos, la Dertusa que no ha de volver si Dios no se apiada de nosotros, ofrece el triste espectáculo de una de estas cábilas antes descritas.

Aquí no hay leyes, no rigen leyes, y si las hay no se conocen ni por las tapas ni por los hechos que nos lo demuestran. Aquí no hay otra ley ni otra justicia que la que dicta, que la que ordena una mano más o menos negra, que la que ha implantado un montón de alfabetos erigidos en dictadores.

Aquí no se conoce otra ley que el imperio y mandato de un individuo importado; que se ha erigido en señor de horca y cuchillo gracias a la ignorancia de unos y a la cobardía de otros. Aquí no se administra otra justicia que la partidista y con miras a intereses particulares. Aquí no se conoce otra ley, no se administra otra justicia que la que pueda dar de sí la fuerza bruta. Aquí no reina otra ley que la del más incivil, que la del más bruto.

Ese es el espectáculo que ofrece nuestra querida Tortosa. Esa la ley que aquí nos rige. Ni más ni menos que la que tienen por norma los salvajes, la que impera entre los cafres, la que reina entre la gente que viste con pampas y adorna su cabeza con plumas de avestruz.

A semejanza de los países descritos, a semejanza de los semi-hombres que más arriba hemos expuesto, también aquí caen en igual penalidad, se les intenta administrar igual justicia a los que son de sentir contrario de los que por la fuerza bruta nos gobiernan, a los que practican otro credo. A los que son de su tribu, de su familia, se les respeta, se les colma de atenciones, se les miman. Pero a los que no son de su familia, a los que no comulgan con su barbarie, ¡ah! para éstos todo castigo les parece poco, todo martirio es pequeño para pagar su grave delito, su grave pecado de no sentir como ellos. Todos los medios de tortura de que disponen son aplicados a la víctima. Ni los ayes de dolor, ni las lágrimas les detienen en su trágica y odiosa tarea. No hay poderes que lo puedan detener, que lo puedan impedir. Ellos son el brazo y la cabeza de la ley y de la justicia. Nadie, nadie en absoluto, puede con ellos; impertérritos siguen en su camino. Tan confiados están de su poder y de su omnipotencia, que ni la molestia se toman de mirar atrás, temerosos de quedar petrificados en estatua de sal.

El espectáculo cotidiano de la ciudad es triste, desolado, como el de las selvas. El mirar de los habitantes es receloso, desconfiado. Aquí ya no son todos hermanos como en tiempos más felices. Aquí todos se miran como enemigos, todos son enemigos. Aquí ya nadie se

larga la mano en la miseria, en la desgracia. Aquí todos se odian. Aquí ya nadie se quiere, se ha perdido el amor. Todos se temen. Todos esperan el momento oportuno, el momento de descuido o estancamiento, para lanzarse sobre su convecino, sobre su hermano, y despedazarle. Aquí ya no reina la paz y la concordia que hacía a todos felices, a todos dichosos. Aquí ya no son personas lo que habitan, son bestias feroces, temibles. Aquí no está ya Tortosa, está el Riff. Aquí no debiera ya llamarse Tortosa, para evitar esta afrenta a la propia España; aquí debiera esperarse fuera nuevamente conquistada y vuelta a la civilización para ser bautizada...

Son muchos, legión, los que tosinos. Legión los que emigran. La industria se paraliza, emigra también. El comercio cierra sus puertas, se retira. La desbandada se acentúa. Antes de llegar a vestir con pampas y plumas. Antes de descender a la falsa teoría de Darwin, son muchos los que prefieren borrar su condición de ciudadano tortosino. Son muchos, legión o legiones también, que prefieren decir que son hijos de la Media Luna o del Celeste Imperio, a que han nacido en Tortosa, a que han visto la luz en la invicta Dertusa.

¡Pobre Tortosa de mis amores! A qué condición has descendido. A qué bajo nivel te ha colocado ese aventurero político que, para mayor afrenta y escarnio, va escampano y haciendo girones tu gloriosa y legendaria historia. ¡Pobre Tortosa! Cómo ha hecho perder las virtudes cívicas y su condición social a los hijos de tu amor, a los pedazos de tu corazón, ese vesánico impúdico, deshonor y baldón del linaje humano.

¡Pobre Tortosa! Qué impotentes y cobardes se muestran también los que se jactan de ser hijos tuyos, los que aún dicen amarte... Como un conjuro, todo se ha vuelto contra tí, todo parece está en contra tuya... ¡Pobre Tortosa!...

LLAONET.

Después de leído este ejemplar dese a quienes puedan leerlo con provecho.

El Regionalismo y el Sr. Marqués de Cerralbo

Doctrina tradicionalista

Con motivo del movimiento regionalista del país vasco, ha dirigido el ilustre Jefe Delegado de la Comunión jaimista, señor Marqués de Cerralbo, al dignísimo Presidente de la Junta provincial de Guipúzcoa, señor Marqués de Valde-Espina, una patriótica y entusiasta carta, de la que entresacamos los siguientes párrafos, en la seguridad de que no sólo han de ser leídos con gran interés por nuestros amigos, sino que servirán de estímulo para acentuar nuestra campaña foral:

«Es indudable, como hecho histórico, que los vascos fuimos los primeros en proclamar y defender, hasta con varias guerras, los Fueros y las libertades regionales y municipales, y que en esa constante campaña estuvimos solos por casi un siglo, pugnando siempre por el Regionalismo. De modo que nuestra actitud debe ser siempre la de ir delante de todos en tal defensa y conseguir que se nos reconozca esa prioridad, al mismo tiempo que la sublime abnegación con que hemos defendido y luchado por tales principios fundamentales de la Patria, por sus glorias, por sus grandezas y verdaderas libertades.

»Nosotros trabajamos en pro de una Bandera, de un programa, de una idea; no aspiramos a beneficios de la política actual, ni a cambios de postura en la Nación para granjería de unos o de otros.

»Nosotros vivimos y nos sacrificamos por la verdadera regeneración de la Patria, entre cuyos principales fundamentos está el Regionalismo genuino español, el tradicional, el que ha definido y concretado el apóstol de las libertades regionales, el incomparable Mella, frente a los modernos regionalismos liberales, que son máscaras de egoismos circunstanciales o quizá de la revolución, si es que no llegan al separatismo, cuando debe ser primera afirmación la Patria una e indisoluble.

»Que las Juntas, los Círculos, todos los organismos, la Comunión jaimista toda trabaje con redoblado empeño en lo

que indicado queda, no sólo ha de verse con la mayor satisfacción y esperanza por nuestro Augusto Jefe, sino que se impone como deber a todo buen jaimista...»

Después de tan autorizadas palabras, recordando la significación y la historia de la gloriosa Comunidad tradicionalista, no podemos menos de confirmarnos en nuestra actitud de entusiastas y decididos defensores de los imprescriptibles derechos de las regiones y los Municipios, apoyando con todas nuestras fuerzas las gestiones de las Diputaciones vascas por la reivindicación de las libertades eúscaras.

La actuación de la colectividad jaimista será una garantía de que aquí ni nos contentamos con regionalismos de disfraz, ni perseguimos nada que pueda traducirse en detrimento de la Patria.

(Del «Diario Vasco»).

¿Qué beneficios ha obtenido el pueblo de las últimas huelgas? Unos cuantos ilusos a la cárcel y los vividores con los bolsillos llenos. ¡Pueblo! ¿Cuándo abrirás los ojos?

Las reservas dinámicas

Yo soy de los que creen que el tradicionalismo está llamado a muy altos destinos en nuestra patria. Una vez agotado el contenido ideológico de los principios en mal hora incorporados a nuestro código político por los tribunos doceañistas, cuando en España sobrevenga la bancarrota del parlamentarismo que ha sido para nosotros la caja de Pandora, entonces los patriotas volverán la vista a las íntimas energías de la raza; buscará entre las ruinas, entre los escombros humeantes de la heredad empobrecida y esquilada por los hijos espúreos, los ocultos resortes de la vida nacional. Entonces hallará un tesoro oculto; un manantial fecundo para renovar el alma de la patria, para reconstituir la heredad perdida, porque habrá llegado la hora de que los traficantes de la política dejen su puesto a los héroes del Legitimismo. Ante la bandera impoluta, esa bandera sagrada de nuestro Augusto Caudillo, huirá el bando de cuervos agoreros que han atraído sobre España las más negras tempestades de la Historia. Y la aurora del Tradicionalismo será saludada con júbilo por los españoles de ambos mundos, porque en ella verán un vínculo luminoso para la federación de los pueblos ibéricos y para la reconstitución y el engrandecimiento de la metrópoli espiritual de esta raza que vive abatida merced a dos deplorables influencias: la acción interna ejercida por los principios del liberalismo de los enciclopedistas y la presión externa del militarismo naval inglés.

¿Y quién duda de que esa hora se acerca, de que en estos momentos en que se está ha-

ciendo una revisión completa de valores sociales y políticos, España espera también la liquidación de una política funesta, y en el mundial naufragio de todos los principios del 93 tiende sobre el mar ensangrentado los brazos a una tabla gloriosa, la tabla salvadora del Tradicionalismo?

Si en Francia, en la jacobina Francia, el legitimismo gana terreno, ¿qué mucho que en España, donde tiene más hondos y extensos raigambres, empiece a ser mirado con honda simpatía quizá y sin quizá como a la única célula viva en el organismo nacional y que en los reflejos de esa enseña querida veamos todos resplandor de aurora, brillo de apoteosis y radiante oro flama de gloria?

RAKÚ.

De interés nacional

En plena vorágine

Los órganos del dinamismo social tienden a hipertrofiarse; a medida que pasan días y se enconan los combatientes de la gran tragedia, se aceleran más y más los manejos de los contratistas de la paz pública azuzados moral y materialmente por las cancillerías aliadas.

Podríamos establecer un sangriento paralelo entre España y Grecia. Como en esta desventurada nación, en nuestra patria sortes más infames para obligarnos a participar de los trágicos horrores de esa inmensa hoguera mundial.

Lerroux lanzó la idea en Canarias, y el eco respondió en Irún; quisieron probar mejor fortuna Melquiades Alvarez y Marcelino Domingo, y el pueblo en airada protesta impuso el veto al intervencionismo.

La prensa honrada emprendió nobilísima Cruzada levantando muy alto el honor nacional; pero los falsarios, los miserables Judas que para deshonor de España se dicen españoles, se reunieron en macabro festín y allá en París, como en tiempos bíblicos lo hicieron otros en el Huerto del Alfarero, juraron, ante las treinta monedas, inmolar a nuestra desventurada patria.

Y aquellos malandrines, repletas sus bolsas de francos, recorrieron ciudades y pueblos por ver de infiltrar en el alma nacional el virus ponzoñoso del malhadado intervencionismo.

Y como si respondiera a un miserable conjuro, Romanones desde el más alto sitio de la gobernación de Estado iba señalando rápida la pendiente del precipicio. Aquella Cruzada periodística, recogiendo noblemente los latidos de la opinión, disparó sus dardos y la llorosa efígie helénica se dibujó en el horizonte nacional.

Romanones fué arrojado del Poder como el miserable Venizelos; éste se refugió en Salónica y ayudado por la felonía de algunos militares encendió cruenta lucha en su patria:

huelgas, pronunciamentos, motines, y a medida que Grecia se desangraba y perdía su fuerza moral, Inglaterra y Francia, las humanitarias y liberadoras de pequeñas naciones, iban coartando la libertad helénica, introduciéndose arteramente en su territorio; fué aquello de intervenir a Grecia para que ella forzosamente interviniera en la horrible hecatombe.

Iguals procedimientos se emplean con España: mitines abogando descaradamente por la intervención, huelgas sin ninguna finalidad económica, revueltas callejeras, todo lo más abominable, pero todo también inútil. No valen a torcer la férrea voluntad nacional los millones extranjeros, porque los miserables que los manejan no pueden arraigar sus bastardos instintos en la conciencia popular, sus felonías son harto conocidas y aquel ejemplo sangriento de Valencia ha servido de dura lección.

A pesar de tanto fracaso como ha seguido a toda iniciación revolucionaria, los truhanes y malandrines que la incubaron no pueden darse por vencidos; es preciso que justifiquen, ante sus sobornadores, la inversión del dinero entregado y ya amenazan de nuevo la tranquilidad pública con una huelga ferroviaria seguida de paro general; pero la actitud adoptada por los ferroviarios que se han negado a secundar la huelga por reconocerla revolucionaria, nos que todavía hay Patria, Veremundo. ¿Harían otro tanto los demás obreros o, por el contrario, sin propia voluntad seguirán sirviendo de materia prima para los fines rufianescos y canallas de sus malvados inductores? Lo ignoramos y por ellos lo sentimos, porque España en esta parte del drama ya no vislumbra la efígie helénica, porque siente renacer en su alma los gloriosos tiempos de Daoiz y Velarde y al amparo de su patriótico Ejército no ha de permitir que hollen su territorio ni extranjeros ni extranjeros, y con nobleza, con hidalguía, se aprestará furiosa a la defensa, cediendo muy cara su vida.

M. DE LANTENANC.

Los libros que se leen

La riquísima «Biblioteca de Grandes Maestros» que publica el infatigable y benemérito editor Sr. Doménech, de Barcelona, se ha visto últimamente enriquecida con la publicación, crítica y esmeradísima, del «Castillo Interior» o Moradas de la Seráfica Doctora Santa Teresa de Jesús, según el original de su mano que se conserva, como oro en paño, en Sevilla. Precede al texto un Prólogo del docto editor Carlos Viada y Lluch, al que sigue una acabada y brillantísima semblanza de la prodigiosa mujer castellana, trazada por la erudita, elocuente y acicalada pluma del conocido publicista señor Santos Oliver.

La incorporación a esta «Biblioteca» de la famosa obra teresiana no ha podido ser más acertada y oportuna. Merece por derecho propio ser contada entre los «Grandes Maestros» de la literatura universal, aquella Santa sin par, gloria y ornamento de su sexo, que sin pretensiones de letrada, como ella decía, supo remontarse en alas de la más ingénua sencillez hasta las cumbres de la belleza ideal, creando una literatura tan propia y peculiar suya, que no ha tenido precursores ni sucesores, ni puede humano ingenio someter a crítica censura puesto que, angélica y extra-natural como es, no admite moldes hechos de fuera preceptivas retóricas. No es Santa Teresa, como escritora, tan grandilocuente como Granada, ni atildada y helénica como Luis de León, ni ciceroniana como Ribadeneira, ni pomposa como Malón de Chaide, ni meliflua como Juan de los Angeles, ni docta al modo de Nieremberg, ni pulida como Roa, ni opulenta en variadas frases como Cabrera; ni es como la de Pineda su pluma río de leche y miel de jugoso castellano clásico; pero los vence y supera a todos en la elocuentísima sencillez de la ingenuidad, en los arrebatos y vuelos místicos en aquella especie de intuición de la verdad de las cosas, que no se ata al calculado y formulístico método de las escuelas, sino que bebe directamente en el manantial inexhausto de la Verdad interior.

«El Castillo interior», obra predilecta de los teresianófilos, da fe de lo que afirmamos. Su materia y forma esquivan toda crítica humana o la hacen enmudecer en su presencia. Poseedora la eximia Doctora carmelitana de los secretos todos de la más elevada mística, camina por las regiones de la especulación metafísica con planta segura, y con tal equilibrio ortodoxo, que asombra y suspende dejando en esto muy por bajo al mismo extático cantor de «La noche oscura».

No hay obra teresiana que más curiosidad despierte y más interés ofrezca al literato como al teólogo a la vez. Prodigio de sabiduría infusa, no puede medirse su valía por el menegado rasero humano. Leyendo las «Moradas», no sabe uno de qué asombrarse más: si de la exactitud, gallardía y elegantísima ingenuidad de la frase, o de la profundidad, alcance y excelsitud del fondo doctrinal, más aquilatado y puro que el oro mejor acrisolado. Nadie, como Santa Teresa, ha remontado tan alto el vuelo a las cumbres de la teología mística, sin perder por esto de vista los llanos prosaicos de la vida práctica y las minucias y contacto de la fría realidad. Su «Castillo interior» es un mapa espiritual en el cual está trazado de mano maestra el itinerario que ha de seguir el espíritu para llegar al estado de su perfeccionamiento y reposo. Superior a él apenas podrán contarse media docena de tratados, y aun éstos le que-

darán muy inferiores en aquel suavísimo calor espiritual que lo diviniza todo por manera arcana y sobrenatural. Ello es que en estas materias tan encumbradas, no hay autor de monta que no alegue, entre las primeras autoridades, a la Doctora avileña.

Dicho se está, con esto, que ningún servicio mejor podían hacer a las letras castellanas, y aun a la literatura mundial, los Sres. Doménech y Viada y Lluch, de Barcelona, que ofreciendo una edición correctísima, depurada y elegante del «Castillo interior»; ni más honrada podía quedar su meritísima Biblioteca de Grandes Maestros que con esta joya o sartal de perlas finísimas, ornamento y prez de la excelsa literatura castellana.

ENRIQUE BAYERRI.

Tortosa, 10 de Agosto 1917.

El Intercinio del Reparto del Registro Fiscal

Las noticias recibidas de Madrid referentes al Recurso presentado por nosotros y avalado por millares de firmas, no pueden ser más halagueñas y satisfactorias y hacen preveer que bien pronto se impondrá la Justicia, ahora conculcada y escarnecida.

Aquel individuo que, regocijado, y tiempo há descrito, se frotaba los manos a la vista de un brutal negocio, pronto abrirá desmesuradamente los ojos, críspará las manos y pálido de coraje vomitará su boca aullidos e imprecaciones; son los signos infalibles del avaro que ve escaparse de sus manos una presa que tenía por bien segura; pero es más humano ese pataleo rabioso a la expoliación de que habían de ser víctimas millares de ciudadanos; es más humano y más lógico y más legal, y por esto la legalidad y la Justicia restablecerán las cosas a su primitivo estado.

Será ello una satisfacción para nosotros que recojimos notable y desinteresadamente los latidos de la opinión pública vejada y escarnecida, y una dura lección para aquellos que piensan medrar a costa de la candidez y mansedumbre de las gentes.

Ya pueden gritar y gesticular, ya pueden amenazar y echar mano de infamias y de calumnias; nada ni nadie podrá hacer variar nuestra conducta, antes al contrario, ahora más que nunca gritaremos:

¡Abajo el Registro Fiscal!
¡Vía liure! ¡Fora lladres!

TUTÉ.

ENTRE les obres socials de segura transcendència es fer la correspondència usant sempre les postals qu'En Cornet ha dibuixades per la «Lliga del Bon Mot», son obres d'art acabades i molt morals sobre-tot. Se venen en casa lo Delegat de la «Lliga del Bon Mot» (Carrer Gil de Federich, 11, principal), en col·lecció de 9 postals, 40 cèntims i soltes a 5 id.